

China, la lucha por la posesión

por Romeo Orlandi*



La historia del obispo chino Taddheus Ma Daqin - a pesar de su misteriosa trama - trae una tensión no resuelta: las relaciones entre China y la Santa Sede. Después de ser ordenado obispo de Shanghai, Ma anunció que dejó la Asociación de la Iglesia Patriótica China. El anuncio, dado en la histórica Catedral de San Ignacio, en el corazón de la metrópoli de China, fue recibido con aplausos de los fieles. En seguida, el nuevo obispo desapareció, alegando estar en "meditación profunda," probablemente en un convento en las afueras de Shanghai. Su destino es desconocido y la incertidumbre deja un margen abierta a la interpretación. Ciertamente, su nombramiento como obispo ha exacerbado las tensiones antiguas.

No está claro si esto fue por instrucciones de la Santa Sede - como parece probable - o incluso a través de la participación de China. La disputa sobre el nombramiento es en realidad el nodo que ha bloqueado todos los contactos oficiales entre los dos estados. Después de la ruptura de todo el diálogo en 1952, la Iglesia Católica no es reconocida por Beijing y está prohibida oficialmente. El embargo de sus propiedades y la detención de los religiosos fueron la respuesta a las acusaciones de querer subvertir la recién nacida República a través de conspiraciones con las fuerzas imperialistas.

Desde entonces, el Vaticano reconoce a Taiwán, donde está el Nuncio Apostólico, oficialmente encargado por la totalidad de China. La Santa Sede - único entre los europeos - es uno de los 25 países del mundo con que Taiwán mantiene relaciones diplomáticas.

Desde 1957 está activa, la Iglesia Patriótica China, actuando bajo las instrucciones de Pekín. Hay frecuentemente carteles fijados fuera de las iglesias con la inscripción: "Ama a Dios, ama a tu país". Lo más difícil fue la suerte reservada a los fieles que permanecieron leales a Roma, condenados a la clandestinidad, a la celebración de misas en pisos, obligados a una práctica religiosa, donde la tolerancia se puede transformar en represión. El régimen represivo se abrió contemporaneamente a las reformas económicas del país, pero es susceptible a el súbito resurgimiento.

El nombramiento de los obispos es la chispa que puede atizar tensiones. El Vaticano no renuncia, por supuesto a su prerrogativa, mientras Pekín considera la cuestión, aunque religiosa, un asunto interno del país. No está claro si la huida de Ma de la Iglesia Patriótica, es una imposición, una afirmación de orgullo, un desafío para el régimen. Sin embargo, echa luz sobre el destino de la Iglesia Católica china, 10-12 millones de creyentes repartidos entre dos organizaciones, pero muchas veces celebran juntos los sacramentos y misas.

De hecho, la disputa sobre el nombramiento no puede justificar un impasse de negociación que dura hace sesenta años. Tan importante, la vicisitud podría ser fácilmente superada por la civilización milenaria a la que estas negociaciones no inspiran miedo. Pekín y el Vaticano no se dejaron de hablar, porque los argumentos que les afectan son importantes, desde la libertad de culto a los bienes eclesiásticos confiscados, desde el proselitismo a la *one China policy*. Por lo tanto, el problema es más complicado de resolver: se necesita mucho pragmatismo para conciliar la vocación religiosa universal con las raíces de un Estado secular y nacionalista. El tiempo - que ha enseñado tanto a China como el Vaticano - es un recurso que no conduce a darse prisa, pero a la madurez.

La reanudación de las relaciones es inevitable. No es por eso necesaria o relativa.

*Presidente del Comité Científico de Osservatorio Asia